

## HUESCA EN TIEMPO DE PAZ Y EN TIEMPO DE GUERRA

El 23 de agosto de 2016 se rindió homenaje público en las tapias del cementerio de Huesca a los fusilados en la ciudad durante la Guerra Civil y la posguerra. Ochenta años después de que comenzaran las ejecuciones, se colocó una placa con los nombres de los más de quinientos oscenses que perdieron la vida en uno de los capítulos más negros de la historia de España para evitar que sobre ellos siguiera pesando el olvido; para que, de acuerdo con un famoso epitafio latino, la tierra les fuera leve.

La revista *Argensola*, en la “Sección temática” *Y después de la guerra...*, presenta tres artículos. Cada estudio nos acerca a un aspecto de la difícil realidad social vivida por los republicanos y los militares de partidos de izquierdas que no sucumbieron durante el conflicto armado. Sobre quienes permanecieron en España se aplicó toda la fuerza represiva del régimen franquista. En Huesca la situación fue extraordinariamente compleja desde el principio de la guerra, dado que su comandante militar se sumó de inmediato a los planes de los militares golpistas. Las columnas de milicianos procedentes de Cataluña, como explica muy bien Estefanía Langarita (Ayuda de Investigación del IEA en 2015), nunca lograron abrir el cerco. No llegaron a tomar “café en Huesca”, como escribió George Orwell haciéndose eco de una frase repetida por los republicanos que jamás se convirtió en realidad. Durante muchos años la delación popular envenenó la convivencia entre vecinos. Así se explica, entre otras cosas, la elevada cifra de fusilamientos que hubo en el conjunto de la provincia de Huesca entre 1936 y 1946, que alcanzó casi mil víctimas. Noelia Mancilla aborda la angustiada situación de las mujeres que no habían podido o querido huir tras la guerra. Hasta ellas llegó la jurisdicción del Tribunal de Responsabilidades Políticas, creado para mantener el orden establecido frente al *enemigo interior*. Un total de doscientas veinticuatro oscenses fueron expedientadas y castigadas con multas económicas por la sencilla

razón de ser madres, esposas o hermanas de un hombre de izquierdas que se hubiera manifestado contrario al alzamiento de Franco. Quienes alcanzaron el suelo francés en los primeros meses de 1939, como expone Diego Gaspar (Ayuda de Investigación del IEA en 2015), no imaginaban lo que les esperaba al otro lado de la frontera. El trato que recibieron fue muy distinto al que se había dado a sus compatriotas refugiados en flujos anteriores. Su número debió de superar todas las expectativas y fueron considerados una carga para el Estado. Los hombres fueron separados de sus familias y canalizados hacia las Compañías de Trabajadores Extranjeros o hacia la Legión Extranjera, donde se convirtieron en “combatientes transnacionales de la libertad”. De los más de doscientos cincuenta oscenses que participaron en la Resistencia, el Estado francés solo les reconoció su servicio a favor de la Francia libre a la mitad.

El “Boletín de noticias” presenta también tres trabajos. La pila bautismal de la catedral de Huesca y las de otras iglesias aragonesas están labradas, como han averiguado José Antonio Cuchí y Pilar Lapuente, en piedra extraída de una brecha de Ricla, alabada en el siglo XVIII como un jaspe que, por su aspecto, parecía más obra “de la pintura que de su misma naturaleza”. En los siglos XVII y XVIII se dio forma al núcleo principal del convento de la Asunción. Al poco de constituirse, la nueva comunidad de carmelitas no dejó de insistir hasta comprar la antigua casa de Ena —separada de la actual del mismo nombre, como explico en el texto correspondiente, por la iglesia de San Vicente el Alto— porque era imprescindible para configurar el conjunto conventual. Finalmente, Carlos Garcés reúne todas las referencias textuales conocidas, hasta quince entre los siglos XVII y XIX, de una leyenda urbana tan curiosa como inverosímil: la que decía que Poncio Pilato había estudiado, e incluso ejercido como profesor, en la Universidad Sertoriana. Está claro que durante siglos, para las gentes de capital, incluida Zaragoza, la provincia de Huesca era un lugar lejano y evocador, ideal para ubicar leyendas y mitos del mismo tono.

Por último, la “Sección abierta” cuenta con cuatro artículos. Abre este apartado mi estudio iconográfico sobre el alfarje de los Azlor, situado en el palacio de Villahermosa. El particular bestiario pintado principalmente en sus tabicas parece evidenciar el antisemitismo que se vivía en Huesca y en todo Aragón a finales del siglo XIII, durante el reinado de Pedro III. Cabe pensar que fue consecuencia de una particular mascarada que recorrió las calles de la ciudad en 1279 y que terminó con el asalto a la aljama. Carlos Garcés presenta un interesante artículo sobre varias obras relacionadas con la torre y la fachada principal de la catedral de Huesca y se detiene a analizar en

particular el llamativo tejazoz. En ellas destaca la participación del maestro Pedro Jalopa, quien habría realizado sucesivamente en 1422-1423 el cuarto cuerpo de la torre —en piedra— y el último, el famoso chapitel —en ladrillo—, desaparecido en 1937 durante la celebración de la toma de Santander por el ejército de Franco. Jorge Ramón y Carmen M.<sup>a</sup> Zavala escriben un capítulo más de la historia musical de la Huesca del último tercio del siglo XIX y comienzos del XX con su investigación sobre la familia Coronas, una saga de músicos iniciada por Raimundo, muy comprometido con la docencia musical, y continuada por cuatro de sus hijos, que destacaron en la interpretación, la composición y la dirección de banda. La charanga creada por Alejandro Coronas en 1880 fue la primera banda musical civil de Huesca. También la música, pero de la villa de Ansó, es el tema del artículo firmado por Ana Isabel Serrano y Roberto Anadón (Ayuda de Investigación del IEA en 2015). Su estudio, por un lado, aclara la historia del órgano de la iglesia, realizado en el siglo XVIII, y después da cuenta de las agrupaciones surgidas en la localidad altoaragonesa (banda, charanga, rondalla, coral), así como de la recuperación de piezas tradicionales como el baile del *Alacay*.

“Ex bello pax”, reza un famoso emblema del jurisconsulto italiano Andrea Alciato que apareció ya en la primera edición de su obra, publicada en Augsburgo en 1531. Sin embargo, griegos y romanos, que algo sabían también de estos asuntos, no estaban tan seguros. De lo que sí estaban convencidos era de que solo la paz genera bienestar y abundancia. Por eso Atenea, diosa de los oficios y de la guerra justa —aquella que estudia su viabilidad y su coste—, que regaló a los atenienses el olivo, ganó frente a Poseidón la tutela de la ciudad. Y los romanos construyeron para Irene, convertida en diosa, el famoso Ara Pacis. Que no se nos vuelva a olvidar.

El deseo de todos los que participamos en la edición de *Argensola* es que la revista sea del agrado de los lectores, con quienes tenemos el compromiso de ofrecer siempre un contenido inédito y de calidad centrado en investigaciones sobre el Alto Aragón.

M.<sup>a</sup> Celia Fontana Calvo  
Directora de la revista *Argensola*